

El encierro de los niños y la distribución desigual de la precariedad¹

Valeria Llobet²

El virtual “cierre” del mundo, con un 70% de la población mundial en alguna forma de aislamiento y/o encierro, presenta múltiples aristas de análisis. El miedo, la solidaridad, la sensación apocalíptica de “fin”, la incertidumbre sobre lo que puede sobrevenir una vez se “reabra”, la angustia de un día a día en el que ya no hay comida en la mesa. ¿Cómo se ven esos procesos históricos cuando los miramos al ras de la mirada de niños y niñas? ¿Qué luces aporta pensar la casa, ese lugar esforzadamente construido como espacio de protección e intimidad, con ojos infantiles?

El encierro y la restricción de la deambulación como práctica de cuidado y tecnología de control no es, en estricto sentido, una novedad. La intensificación del uso de automóviles durante el siglo XX, por ejemplo, implicó uno de los primeros peligros masivos de los que se debió proteger a niños y niñas, los recogió al interior de la casa y dificultó los desplazamientos autónomos infantiles. Aún antes, a inicios de siglo XX, la presencia de niños y niñas en las calles los transformaba en amenazas al orden social y así, eran tratados por las agencias de control social como “menores”. Al mismo tiempo que tales percepciones sobre el riesgo transformaban a los chicos de las clases trabajadoras en peligrosos a partir de su deambulación, las normas informales impuestas por los dueños de los conventillos hacían que fuera imposible para ellos quedarse en sus piezas cuando sus madres y padres salieran a trabajar, en un interminable círculo vicioso. La casa, la privatización de niños y niñas, era así un dispositivo de producción de diferenciaciones y jerarquías entre niños y niñas, que fue representado con la producción de la dicotomía “menores/niños-alumnos”.

La imagen de la casa como espacio de protección es así controvertida. A partir del acceso a las tecnologías, es puerta de entrada al escenario global y a unas autonomías, desplazamientos y peligros virtuales que tomaron por sorpresa a cuidadores y a investigadores. A la vez, el desvelamiento de la realidad del abuso sexual y diferentes formas de maltrato permitió ver que la casa es precisamente uno de los espacios de mayor riesgo para niños y niñas.

Las jerarquías sociales y morales también encontraron en la casa un escenario propicio. Las mujeres obreras, muy frecuentemente madres solas, debían cumplir múltiples regulaciones morales para acceder a ayudas materiales. No permitir que entren hombres a sus casas, no salir de sus casas por las noches, fueron normas utilizadas tanto por las instituciones como por las regulaciones microscópicas de las vecindades, con enormes consecuencias en las posibilidades que las mujeres tenían para criar solas.

Cuando decimos que la infancia es una construcción socio-histórica, no estamos meramente recitando por enésima vez a Ariès. Estamos diciendo que todo análisis tiene que considerar las situaciones histórico-sociales en las que tales infancias tienen lugar. No hacerlo, hablar de “los niños” en abstracto es una vía para invisibilizar heterogeneidades y desigualdades, lo sabemos.

¿Qué sucede con niños y niñas que comparten la cuarentena con sus abusadores? ¿Qué sucede con aquellos que viven hacinados en pequeños departamentos de clase media con ventanas a un pozo de aire? ¿Qué sucede con aquellos cuyo hacinamiento es directamente un indicador estructural de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) y pasan la cuarentena en la canchita de fútbol de la villa? ¿Qué sucede con sus cuidadores? ¿Qué sucede con niños y niñas cuyos cuidadores se contagian de COVID-19 y deben ser aislados? ¿Cuánto cuidado puede proveer una persona que cría sola a un niño pequeño cuando al sacarlo para comprar alimentos es echada del supermercado como si fuera una amenaza al orden social, una mala madre? ¿Cuál es su relación con la cuarentena como política de cuidado? Cuando niños y adolescentes dicen que acuerdan con el aislamiento, ¿eso quiere decir que comprenden que la norma es necesaria, o que no quieren salir porque el mundo se transformó en una amenaza y una fuente de temor? ¿Vamos a tratarlos como peligrosos, esta vez por acarrear un enemigo invisible y microscópico, así como un siglo atrás eran peligrosos por acarrear el enemigo invisible de las ideologías anarquistas y socialistas que atentaban contra el orden social?

¹ Una versión anterior de este texto fue publicada en Agencia de Noticias Pelota de Trapo.

² CONICET / UNSAM, Argentina.
E-mail: valeria.s.llobet@gmail.com

El futuro llegó y no es para todos

Se estima que el 40% de niños/as y adolescentes en Argentina no está recibiendo educación con regularidad. Un porcentaje importante de ellos, sobre todo los adolescentes, no regresará a la escuela. Una cifra semejante y creciente no está recibiendo alimentación adecuada, un número invisible está siendo víctima de violencias intrafamiliares, como destinatarios directos o secundarios a la violencia contra sus madres. Muchos están tramitando como pueden el estrés y el temor al que nos enfrentamos como sociedad.

En su introducción al libro de Isabell Lorey (2016), Judith Butler pregunta:

¿Cómo concebimos la organización de la “seguridad” bajo condiciones neoliberales, toda vez que exige e induce la precariedad como un modo de vida, como una trayectoria indefinida, como el principio organizador del proceso mediante el cual somos gobernados y llegamos a gobernarnos a nosotros mismos?

La pandemia de COVID-19 coloca en el centro del debate político el temor y la amenaza, ambos centrales a las formas de explotación contemporáneas. En tal contexto, la futuridad contenida en la infancia se torna inseguridad, en un proceso de precarización en el cual la capacidad política se reduce y limita, y en donde la precariedad como reparto desigual de la condición precaria de lo humano también reordena y clasifica los futuros posibles. ¿Qué niños y adolescentes serán aquellos que sufran más acuciantemente la desigual distribución de esas precariedades expresadas en cuidados, acceso a tecnologías como mediadores para la garantía de derechos, protección frente a la explotación incluso absoluta, corporal, expresada en el hambre? ¿A qué niños destinará prioritariamente el Estado aquellas formas violentas de gobierno securitario que lidian con los sujetos de la precariedad extrema? ¿Qué niños son aquellos que concretarán la amenaza que su mera existencia contiene?

En un libro fascinante que cito cada vez que viene al caso,³ Doris Lessing crea la imagen desestabilizadora de un universo porvenir. Las calles son tomadas por un ejército de jóvenes que duermen durante el día y viven de noche, cazan gatos y encienden fogatas en las aceras. Esas hordas salvajes producen fascinación, y a la vez develan que el espacio público antes que meramente tornarse una amenaza, había sido abandonado por “el gobierno”, que “está al norte”. Tiendo a considerar que esa amenaza contenida en los jóvenes, en “los nuevos”, entra en diálogo con la idea de natalidad de Arendt, tomada tal vez demasiado libremente. La natalidad vincula con la novedad, la libertad y la política. Según Arendt, y en contra de Freud, por ejemplo, es la natalidad la condición central de lo humano. Cada niño es una novedad e impone así un trabajo al mundo: “la acción es la actividad política por excelencia, la natalidad y no la mortalidad, puede ser la categoría central de lo político, distinguido del pensamiento metafísico” (Arendt, 1998: 9). Para Arendt, así, la natalidad es la dimensión sustantiva de la condición precaria (Lorey, 2016), y a la vez vincula con el cuidado: es precisamente la condición precaria compartida la que hace de la necesidad universal de cuidado. En la tensión entre la reproducción y la transformación contenida en la natalidad he sostenido que se encuentra una de las dimensiones centrales a la politicidad de lo infantil (LLobet, 2009). Ahora bien, esta novedad y su capacidad de transformación encierra una amenaza, en tanto también actualiza la mortalidad, distribuida intergeneracionalmente entre los nuevos y los viejos. Donzelot y Ariès señalaron la doble valencia contenida en la infancia, el niño a proteger y el niño del cual temer, la amenaza y la ternura que, desigualdades sociales mediante, se distribuye entre categorías clasificatorias de niños y niñas asignadas a trayectorias institucionales diferenciales y a espacios claramente discernibles, se asignan a cuerpos marcados racial y clasistamente.

En un texto reciente producido a cuento de esta pandemia, María Pía López señaló que la politización de los cuidados implicará que se debata la crueldad de su distribución injusta y la securitización de la amenaza. La casa como espacio de cuidado y protección, es un clasificador y potenciador de precariedades desiguales. Los avatares epidemiológicos del COVID-19 hacen de todos los niños una amenaza, pero a la vez, serán aquellos signados por la precariedad y la crisis extrema del cuidado y la reproducción de la vida los sean asignados cruelmente al espacio de la inseguridad.

Referencias bibliográficas

- Ariès, Ph. (1960). *L'enfant et la vie familiale sous l'ancien régime*, Varias Ediciones.
- Arendt, H. (1998). *The Human Condition*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Donzelot, J. (1990). *La policía de las familias*. Valencia: Pre-textos.
- LLobet, V. (2009). *¿Fábricas de niños? Las instituciones en la era de los derechos*. Buenos Aires: Novedades Educativas.
- Lessing, D. (1974). *The memoirs of a survivor*. London: Octagon Press.
- López, M. P. (2020). El futuro ¿Ya llegó? En *El futuro después del COVID-19* (pp. 170-176). Buenos Aires: Presidencia de la Nación.
- Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Buenos Aires: Traficantes de sueños.

³ Lessing, D. (1974). *The memoirs of a survivor*. London: Octagon Press. Varias ediciones.